

EL JUDAISMO EN LA OBRA DE KAZANTZAKIS¹

Rachel Minc

Conocí personalmente a Nikos Kazantzakis hace muchos años, cuando yo estaba estudiando en Berlín. Kazantzakis era un hombre extraordinario que tenía el raro talento de penetrar los mitos y las leyendas de civilizaciones antiguas y modernas. Aquella era la época en que Martín Buber comenzaba las historias hasídicas que yo había estudiado antes en Polonia. Y atraje la atención de Kazantzakis hacia los diez volúmenes de Dubnow: *La historia mundial del pueblo judío*.

Kazantzakis conoció allí a algunas amigas más que habían venido de Polonia a estudiar en Alemania, en Austria o en Francia. Dina, la gran actriz, más tarde víctima de Hitler; Itka, extremadamente inteligente; y Rosa, mujer muy cultivada. Las dos últimas perecieron en algún lugar de Siberia. Una gran idea universal, la de salvar al pueblo judío a través de la revolución social, las inspiraba a las tres. Tal era su manera de interpretar a los profetas hebreos. Ellas son descritas, llenas de vitalidad y de encanto, a través de las obras de Kazantzakis.

Es en *Carta al Greco*, en el capítulo «Berlín», donde se relata nuestro encuentro. Desde entonces, a pesar de las separaciones, peligros y vicisitudes de nuestras vidas personales, una profunda amistad nos unió hasta 1957, el año de su muerte.

Kazantzakis creía que a través de los siglos una relación mística unía a los pueblos judío y cretense. Cuando descubrió que los cretenses eran originarios de la isla de Kaftor y habían pertenecido a la guardia personal del rey David (*Libro Segundo* de Samuel), su alegría fue inmensa. Admiró la magnífica imagen del joven sacerdote-rey descubierta durante las excavaciones de Knossos, Creta, y comentó su semejanza con el rey David, el más grande poeta de Dios.

Pensaba Kazantzakis que el amor por la libertad nacional y social, la de todos los pueblos, no podía verdaderamente ser comprendida sino por los judíos y los cretenses. Durante miles de años, a pesar de las innumerables invasiones a la isla de

1 Traducción de Roberto Quiroz Pizarro. Original francés: «Le judaïsme dans l'oeuvre de Kazantzaki». Publicado en la revista *Le regard crétois*, N° 9, 1994 (Ginebra). Agradecemos la gentil autorización de la dirección de la revista para publicar aquí este artículo.

Creta, su pueblo, enamorado de la libertad y la dignidad, no se dejó dominar jamás. «Estos mismos rasgos -dice el escritor- se encuentran en la historia del pueblo judío».

En su extensa obra novelesca *Libertad o Muerte*, al lado de Kosmás, el hijo del capitán Miguel, combatiente contra el invasor turco, aparece Noemí, la joven judía. «Es ella quien me ha abierto el corazón y el espíritu», dice Kosmás. «Es ella quien me enseñó a amar a las diferentes naciones y a comprender las ideas por las cuales yo combatía. Nosotros somos todos semejantes en nuestro anhelo de libertad».

Esa misma joven judía reaparece frecuentemente en la obra de Kazantzakis. Su nombre es variado. Puede llamarse Noemí, Raquel o Rala. Siempre lucha por la justicia social, nacional o universal.

En la *Odisea* (rapsodia X), se levanta contra la esclavitud en Egipto. Ulises regresa después de su largo periplo y descubre la suntuosidad de las ceremonias religiosas en honor del faraón. Entonces aparece Rala «que viene por la arena y toca con fuerza el tambor, con la cabeza erguida... Con cabellos fulgurantes y blanquísimo velo, tocaba y sus ojos resplandecían, llenos de caballos e incendios y hombres que tienen hambre y fortalezas que caen».

Toda-Raba, escrita en 1928, lleva ese título en homenaje a su héroe africano, al que el autor visualiza como representante de todo el continente negro que despertaba a la independencia. En Rusia soviética, Raquel y sus amigos son convencidos de que el odio racial va a desaparecer con la ascensión del mundo socialista.

«En Lodz, Raquel se precipita a la calle; corre como una flama y aparece en la fábrica: ¡Camaradas! -grita-. ¡Seamos dignos de nosotros mismos; combatamos por la justicia; nombremos nuestros delegados! Un oficial de policía la persigue; la coge por el cuello y la golpea contra el muro. Una vez. Dos veces. Tres veces. La sangre brota.»

En 1928, Kazantzakis escribía desde la Unión Soviética a su fiel amigo cretense el profesor Pandelís Prevelakis, que vivía entonces en Atenas: «Las calles de Kiev están repletas de judíos y yo estoy lleno de alegría de ver a esta raza misteriosa que tanto amo...»

En la obra *Del monte Sinaí a la isla de Venus*, escribe: «El desierto del Sinaí que atravesamos fue el terrible laboratorio en donde la nación de Israel experimentó el hambre y la sed; en donde la nación de Israel se forjó durante cuarenta años en ese horno. Yo que amo a esta raza soy libre de mirar estas rocas sobre las cuales nacieron tantas virtudes: voluntad, paciencia, perseverancia y resistencia. Y por encima de todo, un Dios, carne de la carne. Gracias a este desierto, los hebreos están aún en vida y derraman sus virtudes en el mundo».

En *La última tentación*, el primer capítulo está consagrado a la ejecución por parte de los romanos de un militante judío. Antes de morir, el celota habla a su

pueblo: «El Mesías no vendrá en tanto nosotros permanezcamos indiferentes. El pueblo y Dios deben combatir conjuntamente cuando venga el Mesías». Entre tanto, la madre del héroe mira aquel espectáculo atroz con una dignidad sublime.

Los textos del gran escritor griego están llenos de relatos hasídicos. En su *Carta al Greco* podemos leer: «Muchos años antes, el viejo rabino Nachman me había enseñado a comprender que, cuando llegara el momento de abrir la boca para hablar, debería coger la pluma para escribir. El rabino era sencillo, alegre, santo... Sus discípulos le dijeron un día en tono de reproche: ¿Por qué no hablas tú también como el rabino Zadik? ¿Por qué no exhibes grandes ideas, no forjas grandes teorías, para que los hombres te escuchen extasiados, con la boca abierta...? El cándido rabino sonrió. Permaneció un momento sin responder; luego empezó a hablar: -Un día, las ortigas pidieron al rosal: -Señor rosal, ¿no quieres enseñarnos a nosotros también tu secreto? ¿Cómo te ingenias para hacer a la rosa? Y el rosal contestó: - Hermanas ortigas, mi secreto es muy simple. Durante todo el invierno, con paciencia, confianza y amor, trabajo la tierra y sólo tengo una cosa en mi mente: la rosa. Las lluvias me azotan, los vientos me deshojan, las nieves me cubren, pero yo sólo tengo una cosa en mi mente: la rosa. Este es mi secreto, hermanas ortigas».

En su obra póstuma *Hermanos enemigos*, Kazantzakis reescribe el cuento de Peretz, el gran escritor del judaísmo polaco. Un pobre judío no teniendo nada que dar de comer a su hijo, le aconseja encontrar consuelo en los dulces cantos que él sabía. En esa misma obra, Kazantzakis narra el despertar a la justicia de un profesor griego de una pequeña aldea, tal como Ben Yohuda, profesor en Palestina. Ben Yohuda quería la resurrección de la lengua hebrea de la *Biblia* y la transformación del hebreo en un idioma moderno. Cuatro páginas se consagran a Ben Yohuda, testimonio ardiente de un genio del judaísmo, que renace siempre de sus cenizas.

Me recuerdo de una de mis conversaciones con Kazantzakis en 1956, un año antes de su muerte. Hablábamos de Prometeo y de la zarza ardiente de Moisés, que se prendió en el desierto. Los dioses del Olimpo estaban celosos de los Titanes que robaban el fuego -decía yo-, pues pensaban que éstos los superarían. Dios le presentó el faraón a Moisés y después los hebreos permanecieron como un pueblo de profetas. Esa misma tarde, Nikos debía leernos pasajes de su extraordinaria trilogía *Prometeo* y, luego de que nosotros le hubimos presentado pasajes del *Éxodo*, estuvo feliz de constatar que el símbolo del fuego guiaba al pueblo de Israel.

En una carta, Kazantzakis me escribió: «Yo la encontraré un día en Jerusalén, Raquel; en la tierra prometida que amo. Hay una gota de sangre hebrea en mis venas que entra en efervescencia con mi sangre griega y cretense. Raquel, sus ojos vagan por el desierto de Judea y usted duda que algún otro pueblo, salvo el suyo, pueda vencer esa barrera. Con los judíos, yo quedo ardiendo contra la injusticia que prevalece sin cortapisa».

Durante milenios Creta no ha cesado de sufrir. Asolada por múltiples invasiones, ha resistido siempre, particularmente a los alemanes en 1941, con coraje ejemplar. En 1942, éstos hicieron zozobrar, a la altura de las costas cercanas a Heraklio, un barco repleto de judíos y de cretenses de la Resistencia.

Cuando Kazantzakis supo que yo había pertenecido a los movimientos de la Resistencia, durante la ocupación alemana, y que había logrado escapar de los invasores, me escribió: «Atroz fue el sufrimiento de su pueblo en Atenas y en Salónica. Su pueblo, Raquel, renacerá. Él siempre ha sobrevivido.»

* * *

JUDAISM IN THE WORK OF KAZANTZAKIS

Rachel Minc

The authores Kazantzakis in Berlin, in 1923, with some other hebrew friends who were later killed by the nazis in the extermination fields, or in Siberia. The article remarks on the judaic presence in most of Kazantzakis' works, mentioning *Odyssey*, *Letter to the Grecus*, *Toda Raba*, *The last temptation*, *From iman mons to the isle of Venus*, *Enemy brothers* and *Freedom or death*, among others. In all of them the jew is a noble character, humanistic and sometimes heroic.

The writer admired very much the Jewish people, and thought that a mystic relationship existed between Greeks and Hebrews throughout the ages. Kazantzakis thought that the sence of national liberty was a common feature of both races, as they both suffered long-lasting periods of foreign domination and invasions. In spite of that, they were always rebelling against oppresion.

The authoress quotes excerpts from Kazantzakis' letters: "I will meet you, Rachel, in the promised land, that beloved one..." Referring to the extermination of the great Sephardite population in Greece, he wrote: "The suffering of a people in Athens, in Salonika has been appalling. Your people, Rachel, they have always survived!"

Trad. J. Cristián Castillo